

Majórica 420

Sergio Villanueva

Texto inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual

Personajes:

HECTOR

VICTOR

Situación:

Una habitación doble de un Hotel de tres estrellas. Mobiliario de madera de segunda propio de cualquier vivienda veraniega en los años 70 del pasado siglo XX. Algo así como rústico, de madera oscura y remaches negros. Paredes blancas. Colcha a juego con la cortina que se confunde con el telón lateral del escenario. Las camas están también ligeramente laterales al público, y paralelamente separadas por una mesita de noche. En la mesita un teléfono.

La estancia está iluminada por luz natural que entra sedosa por el ventanal. Un ventanal que presumimos justo en la boca del escenario y que los propios actores tendrán que confirmar al espectador.

Al fondo observamos dos puertas, una de menos importancia se encuentra medio abierta y da al cuarto de baño. Lo deducimos porque se llega a ver la cortina de la bañera. La otra puerta, más consistente y con un cartelito en el que se resume la normativa del hotel, el plano de la posición de la habitación en la planta, y las medidas a seguir en caso de alarma de incendio. La puerta de entrada a la habitación está cerrada.

I

EL DÍA

La puerta de entrada a la habitación se abre. Entra un hombre hablando por el teléfono móvil. Tiene unos treinta y cinco años. Lleva una bolsa lateral para ordenador portátil. Viste de sport pero con cierta elegancia. Se ubica en la habitación mientras continua la conversación.

HECTOR: ... Ya, ya lo sé... No, claro que les he dicho... Que en cuanto sepan algo me lo comunican, otra cosa... ¿Yo?, pues qué voy a hacer, esperar aquí a que me digan que ya... No, no voy a volver como comprenderás... Van a chequear si se ha quedado allí y... Sí, claro que lo he dicho, pero ya sabes como son estas cosas... En fin... Yo bien, ya en la habitación... Algo cansado, jodido pero bien... No, no creo, igual bajo a la terraza o me doy un paseo por aquí cerca pero no, no creo que vaya al centro... Bueno, ¿tú cómo estás?... ¿vas a comer con tus padres?... Oye dile a tu padre que ya he encontrado el libro que me pidió... sí, ese ... Muy bien mi amor... Y yo a ti... Mucho... Oye... Gracias, ya sabes, por entenderlo... Otro.

Cuelga. Se dirige al ventanal. Se escuchan los sonidos propios del Puerto. Se queda un rato pensativo y va a la mesa donde comienza a colocar el ordenador portátil,

lo conecta a la red. Se pone a teclear pero pronto se detiene y queda pensativo ante el ordenador, y al cabo de unos instantes...

HECTOR: ¿Qué?

VICTOR (off): ... que si lo has traído.

La voz de otro personaje sale del cuarto de baño. HECTOR sin dejar de despegar la mirada de la pantalla del ordenador, como si nada.

HECTOR: ... ¿Qué?

VICTOR (off): ¿Cómo que qué?...

HECTOR: No has dicho...

VICTOR (off) : ¿Yo?

HECTOR: Sí...

VICTOR : Asomándose por la puerta del baño... No

VICTOR lleva puesto un pantalón oscuro de vestir y zapatos elegantes negros. No lleva camisa y sí una toallita blanca sobre el cuello y con espuma en la barba. Debe de tener unos cuarenta y cinco

HECTOR: No lo has traído verdad.

VICTOR se acerca a HECTOR, se asoma a lo que está escribiendo y con complicidad y tocándole con broma la frente le dice

VICTOR: ¡Que tienes ahí en la cabecita...! *regresa al baño a terminar de afeitarse*
Para una cosa que te pido.

HECTOR: No ha sido culpa mía.

VICTOR (off): Normal que te haya pasado. Si es que siempre has ido a la tuya. Con mil cosas en la cabeza. Qué estás escribiendo ahora.

HECTOR: Estoy dándole vueltas a una nueva novela. Pero no consigo... No ha sido culpa mía. Estas cosas pasan. A ti también te pasó una vez.

VICTOR (off): A mí me ha pasado de todo en esta vida.

HECTOR: Pues eso. *Sigue escribiendo y al cabo de unos instantes vuelve a detener la escritura.*

VICTOR (off): ¿Y cómo ha sido?

HECTOR: Yo qué sé cómo ha sido. Pues eso están tratando de averiguar. Cuando sepan algo me lo comunicarán. No iba a esperar allí en ese despacho. Espero aquí y punto.

VICTOR: No me refería a eso.

Pausa

HECTOR: Ah, pues, no sé, bien, supongo, poca gente, muy tranquilo, muy rápido. Bien.

Sigue escribiendo ¿De qué te ríes?

VICTOR (off): No, de nada.

VICTOR sale del cuarto de baño secándose la cara y totalmente afeitado, comienza a seleccionar ropa del armario con la que terminar de vestirse.

VÍCTOR: Siempre me ha gustado verte así, como ahora estás delante del ordenador. Recuerdo que cuando te dio por escribir te ponías la música bien alta y te quedabas horas frente a la pantalla y aquellas libretas. Igual no dejabas de escribir en toda la mañana que de repente parabas, comenzabas a dar vueltas por la casa en silencio como una fiera enjaulada, volvías de nuevo a tu escritorio, te quedabas pensando durante un buen rato, sin decir ni una palabra. Yo me asomaba a la puerta, me acercaba a ti, ¿recuerdas? Tú me preguntabas: ¿Qué?, yo te respondía: ¿qué tendrás en esa cabecita...

Se pone colonia en las manos y se da palmaditas en la cara ¿Qué?...

HÉCTOR: ¿Cómo puedes?

VÍCTOR: ¿Qué?

HÉCTOR: ¿Cómo puedes?

VÍCTOR: ¿El qué?

HÉCTOR: Te pones colonia

VÍCTOR: Sí

HÉCTOR: Te has puesto siempre colonia justo después de afeitarte.

VÍCTOR: “Por supuesto” *con voz varonil de anuncio antiguo de televisión y encendiéndose un cigarro.*

HÉCTOR: Y sigue sin escocerte. Yo hago eso después de afeitarme, me pongo colonia, y salto al techo.

VÍCTOR: “Es que hay hombres muy hombres” *continuando con la voz de anuncio antiguo*

HÉCTOR: Uno de los primeros días que vi cómo te afeitabas en el cuarto de baño, cuando era niño, cometí la estupidez que ya te puedes imaginar. Me gustaba ver como te afeitabas. Yo era muy niño. Me gustaba todo aquel proceso alquímico: Cómo te ponías

la espuma y cómo la retirabas con precisión con la maquinilla, el vapor del agua caliente en la pila, los golpecitos que le propinabas a la maquinilla para desalojar los pelitos de la barba... Un día me quedé contemplando las herramientas del ritual que realizabas diariamente: el bote de espuma, la maquinilla con sus recambios de cuchillas... Tú te habías ido, acariciándome la mejilla como siempre solías. Yo me quedé mirando el reflejo de mi rostro en el espejo, al que casi no alcanzaba. Me contemplaba allí, cuestionándome si debía hacerlo, si no iría a cometer una trastada, como los niños suelen preguntar los momentos previos a las travesuras que finalmente siempre terminan por realizar. Alcancé el bote de espuma, quité su tapa protectora, y me serví un buen puñado de la esponjosa cosa esa blanca que parecía nata montada o merengue, y me lo apliqué torpemente por mi carita absolutamente imberbe. Luego cogí tu maquinilla temiendo que me pillaras justo con ese privado objeto. Y con cierto nerviosismo fui quitándome la espuma de la cara tal y como te había visto hacer durante tantos días. Fue mi primer afeitado. me sentía bien. Muy machote. Aunque cuando daba golpecitos a la maquinilla en el interior de la pila con agua no aparecían flotando pelitos de barba, claro. Me lavé bien y me sequé en la toallita. Ya sólo me quedaba un último proceso, pero no me había dado cuenta que me había irritado la carita. Me eché entonces colonia en las manos y comencé a darme palmaditas tal y como te había visto hacer... Creo que hasta en Andorra escucharon mis gritos.

VICTOR: Los hombres de hoy no sois como los hombres de entonces. Vosotros os ponéis cremitas hasta en el pelo. Tú siempre te has puesto cremas de esas.

HÉCTOR: Es una forma añadida de cuidarte.

VICTOR: ¿Con grasas de cerdo? Porque eso es lo que llevan esas cosas aunque vengan en atractivos tubos de marca.

HECTOR: Vamos a ver, ¿tú no te lavas los dientes?

VICTOR: ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

HECTOR: Tiene que ver. Te lavas los dientes, ¿no? Pues lo de cuidarte la cara es más o menos lo mismo. Cada mañana, antes de afeitarte, te lavas la cara con un jabón exfoliante, luego te pones una espuma con agentes que no irriten la piel, y tras el afeitado, y con la piel todavía húmeda te distribuyes con la yema de los dedos un bálsamo que tenga acción hidratante.... ¿Qué?

VICTOR: Hablas como una peluquera.

HECTOR: Vete por ahí.

VICTOR: En serio, háztelo mirar.

HECTOR: ¿Qué yo hablo como una peluquera?. No falla, ¿por qué siempre lo relacionáis todo con ser o no muy hombre? ¿Por qué defendéis la virilidad tan apasionadamente?

VICTOR: ¿Ahora de qué hablas?

HECTOR: Los de tu generación de machos.

VICTOR: Oye mira...

HECTOR: Sí, como si detrás de todo ello ocultarais algún conflicto, alguna verdad incómoda. ¿no dices nada?

VICTOR: Dame un beso, pero con virilidad.

HECTOR: Venga va

VICTOR: Que te quiero.

VICTOR besa a HECTOR en la mejilla

HECTOR: Me encanta

VICTOR: ¿El qué?

HECTOR: Cómo huele esta habitación. Las habitaciones de los hoteles tienen un olor especial. Es como distinto a las habitaciones de las casas. ¿No lo has notado nunca?

VICTOR: No, no me había fijado antes.

HECTOR: Por estas habitaciones vibran muchas energías, se han coleccionado infinitud de aromas distintos. Todo ello permanece de alguna forma.

VICTOR: Si tú lo dices

HECTOR: Es así.

VICTOR: Yo creo que no, luego viene la chica de la limpieza y lo limpia todo.

HECTOR: ¿Por qué siempre te ciñes a lo material, a lo tangible?

VICTOR: Porque es lo único que existe.

HECTOR: Ese ha sido siempre tu problema.

VICTOR: ¿Mi problema?

HECTOR: Sí, ese y el tabaco. Fumas mucho.

VICTOR: No, fumo Winston.

HECTOR: No tiene gracia. Me preocupo por ti.

VICTOR: No, te preocupas por ti. Ese es tu problema. En realidad es que te molesta el humo.

HECTOR: Teresa también fuma.

VICTOR: En la terraza, cuando no estás con ella. Sabe que no te gusta que fume.

HECTOR: Es que no le hace bien. Ni a ti tampoco.

VICTOR: ¿No estáis bien, verdad?

HECTOR: ¿Era el mismo color de las paredes, eran los mismos muebles entonces?

VICTOR: A lo mejor esto... os une algo más.

HECTOR: Y el baño sigue igual, sí.

VICTOR: Siempre une más este tipo de cosas. Así se sustentan y continúan las familias, dicen.

HECTOR: Nada ha cambiado.

VICTOR: Nada cambia.

HECTOR: Todo igual.

VICTOR: Sólo nos hacemos viejos. Me voy a trabajar. Tengo que ver a algunos clientes.

HÉCTOR: ¿Con quién has quedado, con Sebastián, con Lorenzo?

VICTOR: No, son unos clientes que no conoces, unos que conseguí hace poco tiempo.

La verdad es que compran muy poco, no están las cosas como antes, pero...

HECTOR: Hay que seguir.

VICTOR: Pase lo que pase hacia delante.

HECTOR: Eso es lo que he admirado de ti siempre, tu lucha, tu no rendirte.

VICTOR: No es fácil. Hoy ya no se hacen los pedidos de antes. Hace años con diez clientes buenos y tres visitas a cada uno... pam!, ya ganábamos para todo el año. Pero ahora, con los chinos, desde hace un tiempo la cosa está fatal. Tienes que tener un centenar de clientes para compensar. Y las fábricas en ocasiones no te pueden servir lo que vendes. Ya no hay negocio como antes. Antes se vivía bien.

HECTOR: Entonces sí que cambian las cosas.

VICTOR: Hoy se sobrevive.

HECTOR: Y también por tanto las personas.

VICTOR: Me fue bien, ¿eh?

HECTOR: Te fue de maravilla.

VICTOR: La verdad es que vendíamos como locos. Ventas, y más ventas. Había mañanas que en dos visitas llegaba a ganar casi un millón. Un millón de aquella época. ¿Sabes lo que podías hacer con un millón entonces? Comprarte una casa. Y ahora con un millón... Se han perdido ya tantas cosas. El respeto, la ilusión. No éramos tantos en este negocio. La gente estaba contenta. No había miedo.

HECTOR: La gente hoy tiene mucho miedo.

VICTOR: Pero hay que seguir.

HECTOR: Sí

VICTOR: ¿Te acuerdas del Alfa? ¿del Alfetta?

HECTOR: El Motronic, gris ahumado con el morro como el Aston Martin.

VICTOR: Qué bonito era, lo que fardaba yo con él por el Paseo Marítimo, por Victoria.

HECTOR: Y con el salpicadero de madera.

VICTOR: Y de madera también el volante, y las marchas. El segundo Alfa que tuve.

HECTOR: Me encantaba cómo rugía el motor.

VICTOR: *Bella machina*

HECTOR: Y tú conduciendo con alguno de tus trajes a medida de Zegna, siempre cruzados.

VICTOR: Algunos te los pusiste tú años más tarde.

HECTOR: Algunos todavía me duran.

VICTOR: ¿Lo ves?, cuando compras un tejido de calidad...

HECTOR: Siempre estabas moreno y con aquellas gafas de sol. Parecías un capo de Palermo.

VICTOR: Fueron buenos años. *Pausa.* Bueno, que al final voy a llegar tarde. Creo que lo llevo todo... El tabaco... *coge un paquete de la mesita de noche y justo cuando va a salir por la puerta*

HECTOR: ¡Eh!

VICTOR: ¿Qué?

HECTOR: Suerte.

VICTOR: Luego nos vemos (*sale*)

HECTOR: Eso, luego nos vemos.

HECTOR queda solo en la habitación. Se queda pensativo y sonríe. Al cabo de unos instantes el sonido del teléfono le interrumpe. Se levanta para contestar.

HECTOR: ...¿Sí?... Ah, ¿ya la han encontrado?... ¡¿Cómo?!... Pero qué... Vamos a ver, claro que lo he rellenado. Su compañero me dio un formulario donde se describía la forma y todo eso. Es lo primero que he hecho. Es que ustedes no se comunican o qué... ¿Qué trate de calmarme? Traten ustedes de encontrarla... No, esto no pasa si se hacen bien las cosas... Y ahora ¿cuánto puede llevar esto?... Es increíble. En fin. Pues nada, ya me dicen, o voy llamando yo pero la verdad es que vaya mierda... Sí, como lo oye. Vaya mierda.

Cuelga. Se queda mirando al horizonte. Escuchamos lejanamente el ruido de la Bahía, el Puerto. El sonido marítimo va creciendo al tiempo que se va haciendo el Oscuro.

II

LA TARDE

Misma estancia. Mismo sonido portuario en decreciendo. Por el ventanal entra una luz más anaranjada. Está atardeciendo. No hay nadie en la habitación. Tras unos instantes entra HECTOR con algunas bolsas de artículos de perfumería y algo de papelería. Los deja todos en la mesa de su escritorio. Luego lleva los correspondientes al cuarto de baño y aprovecha para mojarse la cara. En ese momento entra a la habitación VICTOR. Lleva otro traje. Entra tosiendo y fumando. Ha envejecido 10 años.

HECTOR: *Saliendo del cuarto de baño y secándose las manos y la cara con una toalla.*

¿Ya estás aquí?

VICTOR: Estoy roto. Ya no puedo cargar con las maletas llenas de muestrarios.

HECTOR: Ni con los pulmones lleno de nicotina. ¿Qué tal ha ido?

VICTOR: Bueno, dentro de lo que cabe no ha ido mal. Pero no para volverse loco de alegría. ¿Tú?

HECTOR: He estado escribiendo un poco, luego me he ido a dar una vuelta por el centro a comprar unas cosas que necesitaba. También iba dentro la bolsa de aseo, claro.

VICTOR: ¿Sigue sin aparecer?

HECTOR: Están en ello.

VICTOR: ¿Qué te han dicho?

HECTOR: Que lo más seguro es que la hayan metido en otro avión y...

VICTOR: Joder, es que no me sale nada bien.

HECTOR: Pero que es algo normal y que aparecerá.

VICTOR: No aparecerá.

HECTOR: No seas tan negativo. ¿No te han comprado mucho?

VICTOR: Nada, muy poco.

HECTOR: Mañana mejor, seguro.

VICTOR: Tienen género acumulado en la tienda de la temporada pasada. Como no venden nada no nos quieren comprar para no ir almacenando inútilmente. Una mierda. Y les entiendo. En fin, que pasan los años, me voy haciendo viejo y el negocio cada vez va peor. ¿Cómo has podido dejar que pase algo así?

HECTOR: ¿Que?

VICTOR: Para una cosa que te pido

HECTOR: Vamos a ver. No es culpa mía, ¿de acuerdo?, bastante impotente me siento yo.

VICTOR: No sé.

HECTOR: ¿No sé? Oye, estoy aquí, ¿no? He venido.

VICTOR: Pero tenías que venir con lo que tú sabes. Qué poco se vende ya, qué mal.

HECTOR: También tengo yo la culpa de eso.

VICTOR: ¿Qué?

HECTOR: ¿Por qué no cambiaste de género? ¿Por qué no pensaste en su día ir vendiendo otro tipo de productos?

VICTOR: ¿Qué crees, que no lo hice? ¿Y las navajitas?, ¿y las linternas? Claro que fuimos reinventándonos, todos. Pero toda la clientela que tenía hecha desde casi veinte años sólo se dedicaban a cerámica y porcelana. Luego vinieron los chinos a lo bestia y no pudimos competir con ellos, con sus precios y... se acabó. ¿Has escrito?

HECTOR: Algo. Luego me he quedado bloqueado y me he ido a Jaime III. He tomado un café en la terraza a la que siempre me llevabas a merendar. Quería ver si seguía ahí.

VICTOR: ¿El Bosch?

HECTOR: Eso es, El Bosch. He vuelto a tomar la tarta de almendra.

VICTOR: En ningún lugar del mundo hacen la leche merengada como ahí.

HECTOR: Y he subido por la avenida y me he encontrado una papelería. Luego he vuelto a pillar el autobús.

VICTOR: Si me lo hubieras dicho hubiera avisado a un amigo para que te hiciera un buen precio. Tiene su papelería por ahí, por el paseo del Borne.

HECTOR: Tampoco he comprado gran cosa. No soy como tú con tus bolígrafos Duppont, Cartier. Yo tiro de pilot desechables. ¿Y esa tos?

VICTOR: Lo de siempre, que a la mínima me enfrío y lo pillo.

HECTOR: ¿Ora vez?

VICTOR: ¿Y qué quieres que haga? Ya sabes como me sienta a mi el puñetero aire acondicionado. En la tienda del último cliente que acabo de visitar lo tenía puesto el cabrón a tope. Y como no ha sido una visita corta. Total que he gastado una hora y media para tres cosas que me ha pedido y encima salgo con una pulmonía casi.

HECTOR: Pero tú sigues fumando.

VICTOR: ¿Qué tendrá que ver el tabaco?

HECTOR: Mucho, joder, parece mentira... ¿Tienes fiebre?

VICTOR: Yo qué sé.

HECTOR: A ver, déjame. *Le pone la mano en la frente.* Estás ardiendo

VICTOR: Pues me muero ya y a tomar por saco.

HECTOR: ¿Quieres que pida algo en el bar y que te lo suban? ¿Un café caliente con un par de aspirinas, leche con miel?...

VICTOR: No, déjalo. Voy a darme un baño. Luego me pondré el pijama y me meteré en la cama. *Comienza a quitarse la chaqueta y a colgarla en una percha que luego guardará con pulcritud en el armario.* Mañana me encontraré mejor. O no. Tú escribe, escribe.

VICTOR coge el pijama y las zapatillas y entra en el cuarto de baño. HECTOR se sienta en la mesa delante del ordenador. Revisa lo que tiene escrito en las libretas. Comienza a teclear consultando los papeles al tiempo que escuchamos cómo se va preparando VICTOR en el baño tosiendo de vez en cuando.

HECTOR: ¿Qué?

VICTOR (off): ¿Qué?

HECTOR: ¿Qué si estás...?

Se levanta para acercarse a la puerta del baño. Justo cuando llega a la puerta

VICTOR la abre enérgicamente y ambos se dan un susto ridículo.

VICTOR: ¿Qué?...

HECTOR: ¡Joder!

VICTOR: ¡Joder!...

HECTOR: Que si estabas bien, te estaba diciendo.

VICTOR: Pues sí, estaba bien, hasta que me has dado este susto. *Volviendo a entrar*

HECTOR: Bueno, te dejo con tu baño.

HECTOR se queda solo de nuevo. Comienza a repasar notas. Al cabo de unos instantes suena el teléfono

HECTOR: Hola, ¿has oído el mensaje?... Bien, aquí... No, no estoy en la ciudad... No, ella no está conmigo. Necesitaba estar solo.... No lo sé.... Pues porque en este momento no sería sincero si te diera una respuesta concreta... Lo sé... Sí... Yo entiendo que no puedes seguir estando así... Lo que estoy es desconcertado. No contaba con ello. Pero de repente ha sucedido y sí, si te tengo que ser sincero, esto que ha sucedido nos ha unido un poco más y... ¿Laura?... ¿Laura?...

Ha colgado. Por la puerta del cuarto de baño sale VICTOR con aire indiferente. Lleva el pijama y la ropa de antes en la mano.

HECTOR: ¿Ya te has bañado?

VICTOR: No. No sé pasa pero no va el agua caliente. Mañana diré en recepción que avisen a Pedro para que mire el calentador o lo que sea.

HECTOR: ¿Te encuentras mejor?

VICTOR: No, pero ya estoy acostumbrado. *Se enciende otro cigarro*

HECTOR: ¿Otro cigarro?

VICTOR: Otro.

HECTOR: ¿Incluso estando como estás?

VICTOR: Incluso estando como estoy, sí.

HECTOR: Tú sabrás lo que haces.

VICTOR: Tú también lo sabrás.

HECTOR: ¿Qué quieres decir?

VICTOR: Yo no quiero decir nada. Ya eres mayorcito y no tengo que meterme en tu vida.

HECTOR: Tú ya no estás.

VICTOR: No.

HECTOR: ¿Has escuchado?

VICTOR: He escuchado muchas cosas en esta vida, sí.

HECTOR: No es tan sencillo como parece.

VICTOR: Todo es mucho más sencillo de lo que parece. ¿No te van bien las cosas con Teresa. Lo habláis. ¿No tenéis ya nada de qué hablar? Lo dejáis. Pero someterle a una incertidumbre como esta, sabiendo como sabe lo tuyo con la otra mujer.

HECTOR: Ella no sabe...

VICTOR: Ella sabe mucho más de lo que te imaginas.

HECTOR: Yo la quiero.

VICTOR: No, ella te quiere a ti. Y tú quieres cómo te quiere ella, pero tal vez no ya a ella misma.

HECTOR: No hables de lo que no sabes.

VICTOR: No me digas que no fume. Al fin y al cabo, ¿qué mal me puede hacer ya?

Rien como pueden

HECTOR: En fin.

VICTOR: ¿A qué tienes miedo?

HECTOR: ¿Cómo?

VICTOR: ¿A hacerte mayor, a que se haga mayor Teresa?

HECTOR: No tengo miedo a...

VICTOR: Lo tienes. Que estés con alguien con la que tampoco estás del todo es una huida de algo que quizás todavía no quieres encarar.

HECTOR: No te reconozco a ti hablando de ese modo.

VICTOR: Es que cuando uno está como yo, las cosas se contemplan desde otra perspectiva. ¿Por qué seguís sin hijos?

HECTOR: Porque estamos bien así.

VICTOR: No, claro, eso lo entiendo. Siempre te lo he dicho, que te lo plantees mucho antes de dar ese paso. Pero ella se muere por tener uno.

HECTOR: No, siempre que lo hablamos...

VICTOR: ... no le escuchas. Porque si lo hicieras de verdad, sabrías que te lo está pidiendo a gritos sin palabras, con el corazón, que es como nos hablan las mujeres siempre. Y es donde nosotros solemos encontrarnos sordos para ellas.

HECTOR: Madre mía, sí que se ven entonces las cosas desde otra perspectiva entonces.

VICTOR: Ella sabe que te perderá si insiste en ese tema. Y ella sabe que te perderá en el momento en que empecéis a poner su nombre en la mesa.

HECTOR: ¿Qué nombre?

VICTOR: El de... ella. Laura. *Tose algo más fuerte que en los anteriores momentos.*

HECTOR: Esa tos no tiene buena pinta.

VICTOR: Nunca la ha tenido.

HECTOR: Y encima no te quieres tomar nada.

VICTOR: Para esto que me pasa no hay medicina. Todo lo que anuncian es una mentira.

HECTOR: Para ti todo es una mentira.

VICTOR: Esta tos siempre ha venido y siempre se ha vuelto a ir. Es cabezona y muy independiente. Cuando se quiera ir se irá y punto. Voy a meterme en la cama y quedarme bien tapado. Se me pasará.

HECTOR: Mira que eres “cabut”* (* cabezón en valenciano)

Le ayuda a meterse en la cama

VICTOR: Si no salgo de aquí en toda la tarde igual mañana estoy mejor. Es la humedad, la maldita que hay en esta isla.

HECTOR: ¿Quieres que haga algo, que te traiga algo?

VICTOR: No, no. Tú quédate ahí escribiendo.

HECTOR: ¿Estás seguro?

VICTOR: Seguro. Me gusta verte escribir.

HECTOR: Como quieras. Pero apaga ya el cigarro.

Lo coge él mismo y se lo apaga. se pone a escribir tecleando en el ordenador.

VICTOR queda en la cama.

VICTOR: Suena muy bien

HECTOR: ¿El qué?

VICTOR: *Muy teatrero* ... Laura... Es, no sé, como muy amplio. Al decirlo es como si se te llenase la boca con el sonido... Eso es por las dos “as”. La letra “a” es una vocal

abierta, pero en medio de repente... aparece una "u". La-U-ra. Sí, la "u" le da el matiz, la armoniza, le da música. La-U-ra... La-U-ra...

HECTOR: Bueno, vale ya, ¿no?

VICTOR: Perdona, no te desconcentro más... Ya está. Me quedo callado para que el escritor pueda seguir con su labor creativa.

HECTOR: ¿Te estás quedando conmigo?

VICTOR: ¿Quién yo?

HECTOR: Te conozco.

VICTOR: ¿Estás seguro? ¿Me conoces o conoces cierta imagen que tienes de mi?

HECTOR: ¿Y eso?

VICTOR: Sí, como yo la tengo de ti. Todos tenemos alguna cara oculta.

HECTOR: Laura no pertenece a mi cara oculta.

VICTOR: Lo sé. Y es lo que me asusta. Es Teresa, tu mujer, la que habita en esa parte.

Por eso tienes ese problema.

HECTOR: Yo no tengo ningún problema.

VICTOR: ¿Quién es esa mujer?

HECTOR: ¿Por qué insistes?

VICTOR: Entre otras cosas porque Teresa siempre me ha caído muy bien. No quieres hablar de ello.

HECTOR: No, no quiero. ¿Puedo seguir escribiendo?

VICTOR: Por favor.

HECTOR: Gracias. *Al cabo de unos segundos no puede seguir y se dirige a VICTOR.*

¿Qué edad tenía yo, diez, once años? *Pausa* Ah, claro, ahora eres tú el que no quiere hablar.

VICTOR: Yo no tengo ningún problema en hablar de cualquier cosa. No ahora.

HECTOR: ¿Por qué lo permitiste, eh? ¿Por qué permitiste que pasara?

VICTOR: Porque es lo que ella quiso.

HECTOR: O en realidad era lo que tú querías, desde lo más hondo, estar solo.

VICTOR: Se fue con otro hombre...

HECTOR: Por que tú no querías estar con ella.

VICTOR: ... con quien ya se veía hacía años.

HECTOR: Porque no la escuchabas con el corazón, como todas las mujeres quieren sentirse escuchadas.

Pausa

VICTOR: Echarnos a ella y a mí la culpa de tus problemas no es la mejor de las opciones. Uno es el responsable último de sus actos. No tienes por qué hacer de nuestra vida la prolongación de la tuya propia. Eso es patológico.

HECTOR: De repente estaba ocupando tu lugar. Me levantaba para ir al colegio y cuando desayunaba no estabas tú en la mesa y sí otro señor, despidiéndose de ella en la puerta como nunca te había visto hacer yo a ti. Cuando volvía del colegio me encerraba en mi habitación. Luego llegaba la hora de cenar y tampoco estabas tú en la mesa. De golpe todo era nada. Todo lo que de niño había visto constituirse, una familia, se quebrantaba. Y los personajes, y la escenografía era cambiada poniendo todos cara como si nada. Sonriendo cada no de los mayores y acariciándome la mejilla, pero sin poder en muchos casos las lágrimas. Veía de repente llorar a quienes no teníais que hacerlo. Lloraste cuando te pregunté que estaba pasando, sentado junto a ti en el coche. Tú dijiste simplemente que os separabais porque no os entendíais, que podía ser mejor así, y para tranquilizarme me sonreíste diciendo que igual volveríais, que sólo era un

período de prueba. Te miré hacia arriba. Te pregunté si ella se había ido con Miguel. No pudiste evitar la emoción al ver que te lo preguntaba serio y con diez años, la rabia. Todo se desmoronaba. Yo no lloraba. Una especie de aleada de madurez acudió a mí de manera súbita y así, de repente, era yo quien entendía que la vida era una mentira cuando te vi llorar por vez primera. Pasaban los días y después de cada cena ese otro hombre se iba con ella a la cama, otra cama grande donde cabían dos también, dos que siempre habíais sido tú y ella y que de repente eran ella y él. En cierta ocasión me asomé a oler las sábanas. Ya no olían a ti. Sentí asco. Ella me lo notaba. Día tras día. Por eso tomó aquella decisión y se separó de él, y se quedó conmigo. Para no tener que verme esa cara. Fueron cambiando las habitaciones, las casas. Y siempre soñaría con mi habitación de entonces, con la que yo tenía cuando os tenía a los dos, juntos.

VICTOR: Eso pasó hace mucho, HECTOR.

HECTOR: O no hace tanto.

VICTOR: Estás proyectando aquello en tu relación con Teresa. Y como tienes miedo de que ella te haga lo mismo, por eso tú te has adelantado con Laura.

HECTOR: Lo de Laura ha pasado porque tenía que pasar.

VICTOR: También, de algún modo lo mío con tu madre.

HECTOR: Creo que en uno esos días, siendo niño, viviendo con ellos y no contigo, juré metido en las sábanas que no me pasaría lo que te pasó a ti nunca.

VICTOR: Qué pena.

HECTOR: ¿Por Teresa?

VICTOR: No, por ti.

HECTOR: ¿Adonde vas?

VICTOR: Al cuarto de baño. ¿Puedo? *Comienza a toser*

HECTOR: Déjame que te ayude.

VICTOR: Ya puedo yo solo.

HECTOR: No, déjame.

VICTOR: ¡Que ya puedo yo solo, joder! Lo aparta de golpe... Siempre he viajado solo, ¿no? Y siempre que me ponía malo lo superaba también yo solo. Si me pasaba algo nadie se enteraba, todo lo solucionaba yo, solo. Al día siguiente a visitar clientes y, eso sí, poniendo buena cara, sonriendo, contando algún chiste. Como si no hubiera pasado nada. ¡Trabajando, trabajando y trabajando para daros una vida mejor...! Todos preguntando lo mismo: “¿Cómo estas?”, como si se hubiese muerto alguien. Todos preguntando: “¿Cómo ha podido ser, parecíais una pareja perfecta?”... Eso es duro de soportar... Así durante meses. Y teniendo que ir a vender, sí o sí. Teniendo que visitar a todos los clientes que ya me conocían, que ya le conocían a ella también. ¿Yo que ante ellos era un número uno, de repente me iba a convertir en un perdedor?... una mierda para ella y una mierda para él. Una mierda para los dos. Para todos. Durante años he trabajado como un loco. He viajado por el norte, por todas partes, por carreteras de muerte con aquel seiscientos los primeros años, con el 124, el Citroën, jugándome la vida en puertos de montaña con palmos de hielo y nieve ¿y todo para qué?... Otros acababan desesperados. Pero yo no. Yo he tenido que ser fuerte en todo momento.

HECTOR: Lo sé

VICTOR: También desde niño. Yo no tuve la infancia que tuviste tú. Pero siempre lo he superado todo. Solo. No necesito a nadie, a nadie.

HECTOR: Lo sé.

Mientras aumenta la tos, VICTOR va metiéndose en el baño. HECTOR se queda de pie mirando como se encierra en él. En ese momento suena el teléfono.

HECTOR: ¿Sí?... No cariño, siguen sin encontrarla... Pues que igual la han metido en otro avión por error y... vamos, que en estos momentos puede estar en cualquier lugar del mundo. Imagínate. *Ríe*. Es muy fuerte sí. ¿Qué voy a hacer? Pues quedarme aquí hasta que aparezca. Tengo que hacerlo. Me lo pidió... Yo creo que entre hoy y mañana ya me dirán algo. Ya les he dicho cuál es mi situación y lo han entendido perfectamente. Oye. Te echo de menos...

Volvemos a escuchar en crescendo el sonido del puerto al tiempo que se va haciendo el oscuro.